

los grandes protectores ó propagadores del Cristianismo legítimo están señalados en la historia con los caracteres que acabo de indicar. El príncipe que emprenda esta obra divina, y la adelante lo posible, según sus fuerzas, sin duda podrá pagar su tributo de imperfecciones y de desdichas á la miserable humanidad; mas á pesar de esto llevará siempre sobre su frente una cierta señal que reverenciarán todos los siglos.

Y podrá, aunque se turbe al retratarle,
La póstuma opinion justificarle.

*Illum ager penna metuente solvi
Fama superstes.*

Por el contrario, todo príncipe que nacido en la luz de la Religion, la desprecie ó se esfuerce para apagarla, y sobre todo que se atreva á extender su mano sobre el Sumo Pontífice, ó á afligirlo sin miramiento, cuente con un castigo temporal y visible. Reinado corto, desastres humillantes, muerte violenta ó vergonzosa, mal renombre en la vida, y memoria afrentosa despues de su muerte; esta es la suerte que le espera mas ó menos. Desde Juliano á Felipe el Hermoso, los ejemplos antiguos se hallan escritos en todas partes; y en quanto á los ejemplos recientes, el hombre prudente antes de exponerlos con toda su claridad, hará bien de esperar á que el tiempo los haya llevado hasta cierta profundidad en la historia.

CAPÍTULO II.

LIBERTAD CIVIL DE LOS HOMBRES.

Hemos visto que el Sumo Pontífice es el jefe natural, el promotor mas poderoso, el gran *Demiurgos* ó supremo magistrado de la civilizacion universal, y que sus fuerzas sobre este punto no tienen mas límite que los de la ceguedad ó mala voluntad de los Príncipes. Mas no les debe estar menos agradecida la humanidad, por la extincion de la esclavitud que han combatido sin intermision, y que acabarán de borrar infaliblemente sin violencia, sin conmociones y sin peligro, donde quiera que se les deje obrar.

Una de las singularidades ridiculas del último siglo, fue la manía de querer juzgar de todo por reglas abstractas, sin consideracion á la experiencia, lo cual es tanto mas chocante, quanto que este mismo siglo no cesaba de gritar contra todos los filósofos, que han principiado por los principios abstractos, en vez de buscarlos en la experiencia.

Rousseau es exquisito cuando principia su *Contrato social* por esta máxima retumbante: *El hombre nace libre, y EN TODAS PARTES se halla entre cadenas.*

¿Qué quiere decirnos con este *nace libre*? Seguramente no hablará del hecho, pues en la misma frase continúa diciendo, que *en todas partes se halla aprisionado*¹. Luego se trata del derecho: ¡ah! este debió ante todas cosas probarse contra el hecho.

El hombre nace libre: lo contrario de esta loca asercion es la verdad pura. Porque en todos tiempos y en todos lugares, hasta que se estableció el Cristianismo, y aun hasta que esta religion hubo penetrado suficientemente en los corazones, la esclavitud fue siempre mirada como una parte necesaria pa-

¹ ¡En cadenas! Hé aquí el poeta.

ra el gobierno y para el estado político de las naciones, tanto en las repúblicas, como en las monarquías, sin que jamás haya caído en la imaginación de ningún filósofo condenar la esclavitud, ni en la de ningún legislador atacarla por medio de leyes fundamentales ó de circunstancias.

Aristóteles, uno de los más profundos filósofos de la antigüedad, llegó á decir, como todo el mundo sabe, *que había hombres que nacían esclavos*, y nada es más cierto. Bien sé que en nuestro siglo ha sido motejado este filósofo por esta aserción; pero hubiera valido más comprenderle bien, que criticarle. Su proposición está fundada en la historia entera, que es la política experimental, y sobre la naturaleza misma del hombre que ha producido la historia. El que haya estudiado suficientemente esta triste naturaleza, sabe que *el hombre en general*, si se le abandona á sí mismo, *es demasiado malo para ser libre*.

Examine cualquiera al hombre en su propio corazón, y quedará convencido de que en todas partes donde la libertad civil pertenezca á todos, no habrá absolutamente medio, *sin algún socorro extraordinario*, de gobernar á los hombres como cuerpo de nación.

De ahí viene que la esclavitud haya sido constantemente el estado natural de una gran parte del género humano hasta el establecimiento del Cristianismo; y como el sentido común universal conocía la necesidad de este orden de cosas, jamás fue combatido ni por las leyes, ni por el raciocinio.

Un gran poeta latino puso en la boca de César esta máxima terrible:

El linaje humanal que tanto crece,
Solo á muy pocos hombres pertenece ¹.

Es verdad que esta máxima, en el sentido que le da el poeta, se presenta bajo un aspecto maquiavélico y chocante; pero bajo otro punto de vista es muy exacta. En todas partes el menor número ha gobernado siempre al mayor; y es

¹ «Humanum paucis vivit genus.» (Lucan. *Phars.*)

visto que sin una aristocracia, más ó menos fuerte y vigorosa, la soberanía no lo será lo bastante.

En la antigüedad el número de hombres libres era sumamente inferior al de los esclavos. Atenas contaba cuarenta mil de éstos, y veinte mil ciudadanos ¹. En Roma, en donde hacía el fin de la república había cerca de un millón y doscientos mil habitantes, apenas se contaban dos mil propietarios ²; lo cual por sí solo, sin necesidad de otros datos, manifiesta el inmenso número que había de esclavos. Un solo individuo tenía á veces muchos miles en su servicio ³; y en cierta ocasión se vieron condenar á muerte cuatrocientos de una sola casa, en virtud de la horrible ley que disponía que cuando un ciudadano romano fuese muerto en su misma casa, todos los esclavos que habitasen bajo del mismo techo, perdiesen la vida ⁴; y cuando se trató de dar á los esclavos un traje particular que los distinguiese, el Senado lo rehusó, *temiendo que ellos no llegasen á contarse* ⁵.

Otras naciones nos prestarían con corta diferencia los mismos ejemplos: mas es preciso no detenernos, y además sería inútil probar largamente lo que nadie ignora, á saber: «que hasta la época del Cristianismo, el universo siempre ha estado cubierto de esclavos, y que jamás los sabios desaprobaban este uso. Esta proposición es incontrastable.»

Mas, en fin, la ley divina apareció sobre la tierra, y al instante apoderándose del corazón del hombre, lo mudó de una manera que debe excitar la eterna admiración de todo verdadero observador. La Religión principió sobre todo á trabajar sin descanso para abolir la esclavitud; cosa que nin-

¹ Larcher sobre Herodoto, lib. I, nota 238.

² «Vix esse duo millia hominum qui rem habeant.» (Cic. *De officiis*, II, 21).

³ Juven. Sat. III, 140.

⁴ Tácit. *Ann.* XIV, 43. Son en extremo curiosos los discursos pronunciados en el Senado sobre este punto.

⁵ Adam, *Antigüedades romanas*, en inglés, en 8.º: London, página 35 y sig.

guna otra religion, ni legislador, ni filósofo, se habian atrevido á emprender, ni aun á soñar. El Cristianismo que obraba divinamente, por la misma razon obraba con lentitud, porque todas las operaciones legítimas, de cualquier género que sean, se hacen siempre de una manera imperceptible. Por donde quiera que se note ruidos, alborotos, estrépito, impetuosidad, destrucciones, etc., puede creerse con seguridad que el crimen ó la locura son los que obran.

La Religion, pues, abrió una guerra continua á la esclavitud, trabajando de un modo ó de otro, ya aquí, ya allá, pero sin cesar jamás; y los Soberanos conociendo, aunque sin percibir por qué razon, que el sacerdocio les aliviaba de una parte de sus penas y de sus temores, cedieron insensiblemente y se prestaron á sus miras benéficas.

En fin, en el año 1167 el papa Alejandro III declaró, en nombre del Concilio, «que todos los Cristianos debian ser exentos de la esclavitud.» Esta sola ley debe hacer grata su memoria á todos los pueblos; así como sus esfuerzos para sostener la libertad de Italia debén hacer precioso su nombre á los italianos. En virtud de esta ley, mucho tiempo despues declaró Luis X el Revoltoso, «que todos los siervos que aun quedaban en Francia debian ponerse en libertad...» Los hombres sin embargo no volvieron á entrar sino por grados, y muy difícilmente *en su derecho natural*¹.

Sin duda que *la memoria de este Pontífice debe ser grata á todos los pueblos*. Pertenece legítimamente á su sublime cualidad la iniciativa de tal declaracion; mas debe observarse que hasta el siglo XII no tomó la palabra el Sumo Pontífice sobre este punto, y aun entonces declaró mas bien el derecho á la libertad, que la libertad misma; como tambien que

¹ Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, c. 83. Voltaire, corrompido por los sueños de su siglo, nos cita aquí *el derecho natural del hombre á la libertad*. Yo celebraria saber cómo ha podido establecer este derecho contra los hechos que testifican invenciblemente, que *la esclavitud es el estado natural de una gran parte del género humano, hasta la manumision SOBRENATURAL*.

no se valió para ello de violencias ni amenazas; porque nada de lo que se hace bien, se hace de prisa.

Donde quiera que reine otra religion que la cristiana, la esclavitud es de derecho; y á medida que esta santa Religion se debilita, la nacion llegará á ser á proporcion menos susceptible de la libertad general.

Acabamos de ver el estado social conmovido hasta en sus fundamentos, porque en Europa habia demasiada libertad, y no habia bastante religion. Aun habrá otras conmociones, y el buen orden no se establecerá sólidamente, hasta que ó la esclavitud ó la religion sean restablecidas.

El Gobierno solo no puede gobernar. Esta es una máxima que se hallará mas incontestable cuanto mas se medite sobre ella. Él tiene, pues, necesidad de valerse, como de un ministro indispensable, ó bien de la esclavitud, que disminuye el número de las voluntades que obran en el Estado, ó bien de la fuerza divina, que por una especie de *ingerto* espiritual neutraliza la natural aspereza de estas voluntades, y las pone en estado de obrar juntas sin perjudicarse.

El Nuevo Mundo nos ha dado un ejemplo que completa la demostracion. ¿Qué no han hecho los misioneros católicos, es decir, los enviados del Papa, para extinguir la esclavitud, para consolar, para *resanar* y ennoblecer la especie humana en aquellos vastos países? En todas partes donde se deje obrar á esta autoridad, producirá los mismos efectos. Pero las naciones que la desconocen, aunque sean cristianas, no debén tentar de abolir la esclavitud si aun subsiste en ellas, pues una gran calamidad política seria infaliblemente la consecuencia de esta ciega imprudencia*.

* Acordémonos del resultado de la libertad prematura concedida por los republicanos franceses á sus colonias; y los desórdenes y desgracias de toda especie que han seguido á los habitantes de la América, antes felices bajo el gobierno paternal de la madre España, y hoy desgraciados por haberse querido emancipar, no de la esclavitud (que no la tenian), sino de aquella proteccion maternal con que los miraba como á hermanos menos instruidos. Este presente ofrecieron á aquellos hoy desolados países los demagogos imprudentes de Cádiz.

Mas no se crea, ni debe imaginarse, que la Iglesia ó el Papa, pues como hemos dicho ya *es todo uno*, no lleve otra mira en la guerra que tiene declarada á la esclavitud sino la perfeccion política del hombre; no, para esta autoridad hay aun otra cosa mas elevada y mas sublime, y es la perfeccion de la moral, de la cual la política es solo una derivacion. Donde quiera que reine la esclavitud, no puede haber verdadera moral, á causa del imperio desordenado del hombre sobre la mujer. Aun siendo esta dueña de sus derechos y de sus acciones, es demasiado débil contra las seducciones que por todas partes la rodean; pues ¿qué seria si ni aun su propia voluntad la pudiera defender? Entonces hasta la idea de la resistencia se desvanecería; el vicio se convertiría en deber; y el hombre gradualmente envilecido por la facilidad de los placeres, no podría elevarse á otro nivel que el de las costumbres del Asia.

El Sr. Buchanan, á quien hemos citado poco hace, y de quien tomo con gusto otra cita nueva igualmente justa que importante, ha observado bien, que «en todos los países donde no reina el Cristianismo, se advierte una cierta tendencia á la degradacion de las mujeres ¹.» Nada es mas evidentemente verdadero, y aun es muy posible asignar la razon de esta degradacion, que no puede ser combatida sino por un principio sobrenatural. Donde quiera que nuestro sexo pueda mandar el vicio, no puede haber verdadera moral, ni verdadera dignidad de costumbres. La mujer, que lo puede todo sobre el corazon del hombre, le devuelve toda la perversidad que recibe de él, y las naciones se corrompen en este *círculo vicioso*, del cual es imposible radicalmente que salgan por sus propias fuerzas.

Por una operacion del todo contraria, aunque muy natural, el medio mas eficaz de perfeccionar al hombre, es el de ennoblecer y exaltar á la mujer; y esto es en lo que solo el Cristianismo trabaja sin cesar con un suceso infalible, sus-

¹ *Investigaciones sobre el Asia, etc.*, por el R. Claudio Buchanan D. D. : Lóndres, 1812, pág. 56.

ceptible solamente de aumento ó disminucion, segun el género y la multitud de los obstáculos que puedan contrariar su accion. Pero este poder inmenso y sagrado del Cristianismo será nulo, si no se halla concentrado en una mano única, que lo ejerza y lo haga valer. El Cristianismo diseminado por el globo viene á ser lo mismo que una nacion que no tiene existencia, accion, poder, consideracion, y ni aun nombre, sino en virtud de la soberania que la representa y da una personalidad moral entre los pueblos.

La mujer está mas obligada * que el hombre al Cristianismo; pues de este recibe la dignidad que hoy tiene. La mujer cristiana es verdaderamente un ente *sobrenatural*, pues que el Cristianismo la eleva y mantiene en un estado que no la es *natural*. Mas ¡ah! ¿con qué servicios inmensos no paga esta especie de ennoblecimiento!

De este modo el género humano es *naturalmente* en gran parte siervo, y no puede salir de este estado sino *sobrenaturalmente*. Con la servidumbre no hay moral propiamente dicha; sin el Cristianismo no hay libertad general; y sin el Papa no hay verdadero Cristianismo: es decir, Cristianismo obrador poderoso, convertidor, regenerante, conquistador, perfeccionador. Pertenecia, pues, al Sumo Pontífice proclamar la libertad universal; lo hizo, y su voz resonó en todo el universo. El solo hizo posible esta libertad por su cualidad de jefe único de esta Religion, que es la sola capaz de suavizar y rendir las voluntades, y que solo por mano del Pontífice podía desplegar todo su poderio. Al presente seria menester estar ciego para no ver que en Europa se debilitan todas las soberanías, y que por todos lados van perdiendo la confianza y el amor. Las sectas y el espíritu individual se aumentan de un modo asombroso; y así es preciso purificar las voluntades, ó encadenarlas. No hay medio. Los Principes disidentes, en cuyos Estados subsiste aun la esclavitud ó servidumbre, deberán conservarla, ó perecerán. Los demás serán conducidos, ó á la servidumbre, ó á la unidad.

* Políticamente se entiende.

Quisiera... mas ¿quién me asegura que viviré mañana? Quiero, pues, escribir hoy un pensamiento que me ocurre sobre este punto de la esclavitud; aunque sea distraerme un tanto de mi asunto; bien que me parece que no.

¿Qué viene á ser el estado religioso en los países católicos? La esclavitud ennoblecida¹. Á la institucion antigua, que en sí misma era útil por muchos respectos, añade este estado una multitud de ventajas particulares, al paso que le quita todos los abusos. En vez de envilecer al hombre, el voto de la religion lo santifica. En lugar de sujetarlo á los vicios de otro, lo liberta de ellos; y sometiéndolo á una persona por eleccion, lo declara libre respecto de los demás, con quienes en adelante nada tendrá que ver.

Siempre que se puedan amortiguar las pasiones sin degradar á los sujetos, se hace un servicio inapreciable á la sociedad; pues se descarga al Gobierno del cuidado de vigilar sobre aquellos hombres, de emplearlos, y sobre todo de pagarlos. Jamás se dió ni hubo idea mas feliz, que la de reunir ciudadanos pacíficos que trabajen, oren, estudien, escriban, den limosna, cultiven la tierra, y nada pidan á la autoridad pública; verdad que se hace particularmente sensible y manifiesta en este momento en que de todas partes multitud de hombres agobian al Gobierno, que no sabe qué hacerse de ellos.

Una juventud impetuosa, innumerable, libre por su desgracia, ansiosa de distinciones y de riquezas, se precipita á enjambres en la carrera de los empleos. Todas las profesiones imaginables tienen cuatro ó cinco veces mas candidatos de los que necesitarian. No se encontrará en Europa una oficina donde no se haya doblado ó triplicado el número de los empleados de cincuenta años á esta parte. Dicen que los ne-

¹ Uno de aquellos antiguos juriconsultos, que ya no se leen, aunque se les debe mucho, ha dicho con razon: «*Omnia iura loquentia de servis habent locum etiam in monachis, in his scilicet quae possunt monacho adaptari.*» (Baldus, *In leg. servus 4; Cod. comm. de success.*).

gocios se han aumentado; pero los hombres son los que crean los negocios, y demasiados los que se mezclan en ello. Todos se arrojan á la vez sobre el poder y sobre las funciones, fuerzan todas las puertas, y obligan á la creacion de nuevos destinos. Hay demasiada libertad, demasiado movimiento, demasiadas voluntades desencadenadas en el mundo.

¿De qué sirven los Regulares? dicen muchos imbéciles. Pues qué ¿no se puede servir al Estado sin tener un empleo? ¿Es poco beneficio el de enfrenar las pasiones y neutralizar los vicios? Si Robespierre en lugar de ser abogado, se hubiera hecho capuchino, se hubiera dicho tambien de él al verle pasar: ¡Dios mio! ¿de qué sirve este hombre?

Mil doctos escritores han demostrado hasta la evidencia los muchos servicios que el estado religioso hace á la sociedad; mas yo creo utilísimo hacerlo ver por el lado que menos se ha mirado aun; y que á la verdad no es el menos importante; á saber, como maestro y director de un gran número de voluntades, y como suplente inapreciable del Gobierno, cuyo mayor interés es el moderar el movimiento interior del Estado, y aumentar el número de los hombres que nada le piden.

En el dia, gracias al sistema de independencia universal, y al espantoso orgullo que se ha apoderado de todas las clases, todos quieren ser oficiales, jueces, escritores, administrar, gobernar. Se pierde la imaginacion en el torbellino de los negocios, y gime bajo el peso enorme de los escritos. La mitad del mundo se emplea en gobernar la otra mitad, y no puede conseguirlo.